

**DISCURSO DEL CARDENAL TARANCON EN LA APERTURA DE LA  
CONFERENCIA EPISCOPAL**

**«HE SIDO MUCHAS VECES MAL INTERPRETADO  
E INCLUSO DIFAMADO. PERO LO QUE IMPORTA NO  
SON LAS PERSONAS, SINO LA IGLESIA»**

*Hoy termino mi mandato. Es lógico que quite cualquier referencia a los temas de esta Asamblea que ya puede moderar otro —no debo hacer hoy el discurso de presentación de los temas, como lo he hecho en otras asambleas— y aun que prescinda de toda reflexión sobre la marcha de la Conferencia Episcopal, o sobre la situación de la Iglesia.*

*Mi intervención, que ha de ser mucho más breve que de ordinario —no quisiera ocupar vuestra atención más que unos minutos— se limitará a lo que parece obligado en estas circunstancias; aunque no quisiera que tuviese un carácter meramente protocolario.*

*Quiero decirlos ante todo, antes de seguir el discurso, que he cumplido el encargo que se me hizo en la última reunión de la Comisión Permanente: acompañado del obispo secretario de la Conferencia Episcopal he presentado la petición de gracia con motivo del Año Santo de la reconciliación en nombre de la Conferencia Episcopal, petición que ha sido acogida con especial benevolencia. También presenté, como transmisor, la petición que había recibido de Justicia y Paz con el encargo de hacerla llegar a las altas autoridades del Estado.*

*He de agradecer ante todo las facilidades que me habéis dado todos los miembros de la Conferencia para el ejercicio de mi tarea presidencial. Si miro exclusivamente al interior de nuestra Conferencia —a las reuniones de la Asamblea plenaria, de la Comisión Permanente, del Comité Ejecutivo o del Consejo de Presidencia—, he de reconocer y confesar públicamente que es muy fácil ser presidente de la Conferencia Episcopal Española.*

*Y es fácil, no sólo por el clima auténticamente eclesial que tienen todas nuestras reuniones, sino por la discreción, prudencia y sensatez de todos y por el tono sereno y cordial que tienen normalmente todas las intervenciones, aun en los casos en los que existen posturas distintas o criterios diferentes.*

*¡Cuántas veces he pensado, al contemplar cómo se desarrollaban algunas de nuestras deliberaciones que algunos consideraban como conflictivas, que la mejor manera de convencer a la opinión pública de que no es exacta la figura que se ha formado de la Conferencia Episcopal —creen no pocos que el clima de nuestras reuniones es ordinariamente tenso y conflictivo— sería abrir las puertas y que todos pudiesen presenciar nuestras reuniones!*

*Porque la diferencia de criterios y de actitudes que existe —y es lógico y humanamente ineludible que exista—, entre nosotros ni coartan en lo más mínimo la libertad de ningún obispo ni rompen el tono de serenidad y hasta de cordialidad —de*

*auténtica caridad— que es normal en nuestras reuniones.*

*Yo he pretendido ser el presidente de la Conferencia, esto es, de todos los miembros de la misma, y lo he intentado con la mejor voluntad. Si no lo he conseguido con toda perfección, achacadlo a mis limitaciones —las tengo y muy grandes como, al fin y al cabo, las tenemos todos los hombres—, pero no a falta de un deseo firmísimo y de un empeño que yo he querido que fuese eficaz.*

*Tengo, pues, que pedirlos perdón —estoy seguro de vuestra indulgencia— por mis fallos, debidos principalmente, como os decía, a mi debilidad.*

*Durante estos tres años he tenido que actuar en varios frentes en nombre y representación de la Conferencia. Y en este aspecto —vosotros lo sabéis igual que yo— la tarea no ha sido nada fácil y, en algunas ocasiones, ha sido positivamente conflictiva.*

*Yo he puesto en esa tarea —midiendo exactamente la grave responsabilidad que pesaba sobre mí— la máxima atención y el mayor esfuerzo. Y he procurado siempre proceder con la mayor delicadeza, con la máxima lealtad, teniendo siempre presentes el bien de la Iglesia y de la Patria.*

*He de aseguráros, ante todo, que me he dado cuenta de que no actuaba en estos casos, con carácter personal, sino representativo; cuando tenía que informar a la Santa Sede —cosa que he tenido que hacer con frecuencia— o cuando tenía que dialogar con las autoridades del Estado o con algunas Instituciones y hasta personas, he procurado siempre expresar, lo más leal y exactamente posible, el criterio y la postura de la Conferencia.*

*Quizá en este aspecto mis fallos hayan sido mayores a juicio de algunos, no lo sé, pero de lo que sí estoy seguro es de que nunca me he mirado a mí mismo ni he querido expresar mi criterio personal, si no coincidía plenamente con el de la Conferencia, ni he tenido otro interés más que el que debe tener un obispo que ha de estar plenamente al servicio del Evangelio y de la Iglesia.*

*Creo sinceramente —os lo confieso con toda honradez y humildad— que ese aspec-*

*to a que me estoy refiriendo es difícil por diversas razones, tanto en el plano intraclesial como en el social, y poco o casi nada pueden influir las personas para superar esas dificultades. Porque la misma naturaleza de las tensiones y el clima que han creado son propicios a los «malentendidos», a los celos y hace falta, además de inteligencia y extrema delicadeza, una capacidad de sacrificio extraordinaria. Yo hice lo que supe, lo que pude, y aun creo sinceramente, que algo más. He sido mal interpretado muchas veces, acusado en algunas ocasiones y difamado en otras. Esto, en sí mismo, tiene poca importancia. Lo que interesa no es la persona o las personas, sino la Iglesia. Y los obispos sabemos que hemos de estar siempre dispuestos a las críticas y a aceptar cualquier sacrificio en el ejercicio de nuestro deber pastoral.*

*Si digo esto al terminar mi mandato, no es en plan de queja, de acusación ni aun de desahogo. Yo sé que no hice otra cosa que cumplir con mi deber, y, gracias a Dios, no guardo el más mínimo recelo contra nadie. Lo digo tan sólo para subrayar un hecho evidente, por otra parte, y por si acaso a mí me ha faltado una mayor dosis de entrega, aunque no tengo conciencia de ello, y para que no os extrañéis tampoco demasiado de que en alguna ocasión —creo que en estos momentos asaz difíciles nos pasa un poco a todos los obispos— haya tenido la tentación de evitar esas responsabilidades y me he sentido no sólo preocupado, sino hasta un poco desanimado.*

*Tengo que añadir, sin embargo, que también en ese aspecto he encontrado siempre la comprensión, el aliento y la máxima cooperación de muchos de vosotros, particularmente de los miembros de la Comisión Permanente, del Comité Ejecutivo y del Consejo de Presidencia, que no sólo me han confortado, sino que han logrado desvanecer aquella tentación en los momentos más complicados.*

*Al terminar mi mandato yo quiero significar también mi gratitud —y hasta mi admiración— por nuestro secretario, que todavía permanece durante dos años en el cargo, y que, a pesar de que como obispo auxiliar de Oviedo ha debido atender a las necesidades de aquella Iglesia colaborando con su arzobispo —y yo sé bien, por experiencia, el trabajo pastoral que hay que realizar en aquella diócesis—, nos ha asombrado a todos por su capacidad de trabajo, y en el que yo he encontrado en todo momento al confidente, al amigo y al colaborador sincero y fiel, inteligente y constante, que no ha regateado esfuerzos para atender a las muchas cosas que van surgiendo continuamente.*

*Creo que es de justicia también subrayar el espíritu de magnífica colaboración que nos ha dispensado siempre —y la auténtica amistad, que es todavía mejor— el representante del Santo Padre, nuestro querido señor nuncio, que con espíritu auténticamente episcopal ha tenido siempre sumo interés en conectar con la Conferencia, en compartir sus preocupaciones y afanes y en ayudarnos en nuestra tarea pastoral.*

*Quizá el mayor consuelo que he tenido en este aspecto que podríamos llamar externo, durante esos tres años de mi mandato, es el de haber podido dialogar íntimamente con el Papa Pablo VI, del que he recibido en todo momento no sólo la atención paternal y el afecto cordial que todos los obispos reciben cuando le visitan, sino el máximo aliento en mis momentos de desánimo y un interés, una preocupación afectuosa y hasta un cariño especial por todos los asuntos, no sólo de la Iglesia de España, sino por todas las cuestiones de nuestra Patria, que para mí, obispo y español, han sido una de mis más grandes satisfacciones.*

*La Conferencia, después de estos nueve años, que quizá podrían considerarse de iniciación o de «rodaje», como se dice ordinariamente, ha llegado ya, a mi juicio, a la madurez.*

*Dios quiera que con ese espíritu de auténtica caridad que siempre nos ha animado, sepamos realizar nuestra tarea pastoral con el mayor acierto y contribuyamos eficazmente a la renovación de nuestro pueblo cristiano y, ¿por qué no? —somos también españoles y todos queremos ser buenos españoles— al futuro pacífico y glorioso de nuestra Patria.*